

CAPÍTULO XVI

EL DESARROLLO DE LAS INDUSTRIAS

Los proteccionistas ingleses, al menos durante la presente centuria, han luchado por la protección de la agricultura, y la derogación de las leyes de granos, en 1846, fué su Waterlloo. También en el Continente resulta principalmente la agricultura la necesitada de protección, y se han hecho esfuerzos singulares para proteger el cerdo alemán, incluso cerrando la entrada á su competidor americano. Pero en los Estados Unidos, el argumento favorito para la protección ha sido que es necesaria para el establecimiento de manufacturas, y la idea americana predominante en la protección es que es un sistema para el fomento de las fábricas.

En realidad, la protección americana no ha sido reducida á las manufacturas ni se ha vacilado en establecer derechos que, elevando el coste de las materias primas, son verdaderamente lo contrario del estímulo á las manufacturas. En la rebatiña á que el sistema proteccionista conduce, cada interés susceptible de ser protegido y bastante poderoso para obligar á los Cuerpos Colegisladores á tomarlo en consideración, ha conseguido una mayor ó menor parte de la protección, una parte, no fundada sobre ningún tipo de necesidades ó méritos, sino sobre el número de votos de que podía disponer. Así la lana, cuya producción es una de las más primitivas industrias, anterior hasta al cultivo del suelo, ha sido protegida por altos derechos, aunque ciertas clases de

lana extranjera son necesarias para las manufacturas de lanas americanas, que por estos derechos han sido colocadas en inferioridad para competir con las manufacturas extranjeras. Así el mineral de hierro ha sido protegido, á pesar del hecho de que los fabricantes americanos de acero necesitan el mineral extranjero para mezclarlo con el mineral americano y están obligados á importarlo, aún con tan altos derechos. Así el mineral de cobre ha sido protegido, con daño de los fundidores americanos como de las muchas ramas de la industria en que entra el cobre. Así la sal ha sido protegida, aunque es un artículo de primera necesidad empleado en grandes cantidades en industrias tan importantes como las conservas de carne y de pescado y que entra en muchas aplicaciones industriales. Así la madera de construcción ha sido protegida, á pesar de su importancia en las manufacturas, como también de las protestas de todos los que han analizado las consecuencias de la rápida tala de nuestros bosques primitivos. Así el carbón ha sido protegido, aunque para muchas ramas de la industria es de primordial importancia tener combustible barato. Y lo mismo en toda la lista. Una protección de esta clase desalienta directamente la industria. Ni siquiera sirve para el fomento de una industria determinada desde el instante en que su efecto es, no hacer más provechosa la producción de cierta clase, sino elevar el precio de las tierras y de las minas de las cuales se obtienen los materiales brutos.

Sin embargo, á pesar de todo este desaliento de las manufacturas, del cual los casos que he citado son ejemplos, la protección es todavía reclamada como necesaria para las industrias, y el crecimiento de la industria americana se presenta como resultado de ella.

Tanto y tan fuertemente se ha gritado esto, que hoy gran parte de nuestro pueblo cree, como los escritores y oradores proteccionistas constantemente afirman, que sólo por la protección tenemos ahora una industria de cierta importancia en los Estados Unidos y que, si fuera abolida, la única in-

dustria que este gran país podría tener sería la de productos agrícolas para exportarlos á Europa.

Que sean tantos los que crean esto, es un ejemplo sorprendente de nuestra facilidad para aceptar cualquier cosa que persistentemente nos suena en los oídos. Porque el que las manufacturas crecen sin protección y que el efecto de nuestro arancel proteccionista es detenerlas y perjudicarlas, puede ser concluyentemente demostrado por los principios generales y por los hechos corrientes.

Mas primero déjadme llamar la atención sobre una confusión de pensamiento que hace plausible la idea de que las manufacturas deben ser «fomentadas». Las manufacturas crecen á medida que aumenta la población y se acumulan los capitales. Por consiguiente, en el orden natural de las cosas, se desarrollan más ó menos potentemente en los países donde la población es densa y donde hay grandes acumulaciones de riqueza. Supuesta esta relación necesaria, es fácil tomar el efecto por la causa é imaginarse que son las manufacturas las que producen el aumento de la población y de la riqueza. He aquí, en substancia, el argumento que se hace al pueblo de los Estados Unidos desde la hora en que nos convertimos en nación hasta el día presente.

«Los países manufactureros son siempre ricos, los que no producen más que las primeras materias son siempre pobres. Por consiguiente, si queremos ser ricos debemos tener manufacturas, y para tener manufacturas hay que fomentarlas».

A muchos les parece este argumento plausible, sobre todo si se piensa en el hecho de que los impuestos para el «fomento» de las industrias protegidas se obtienen de tal modo que apenas se siente su pago. Pero yo podría hacer un argumento tan bueno como éste al pueblo de la pequeña ciudad de Jamaica, cerca de la cual vivo ahora, argumento para defender una subvención á un teatro. Podría decirle:

«Todas las grandes ciudades tienen teatro, y cuantos más teatros tienen, son más grandes. Mirad New-York. New-York tiene más teatros que ninguna otra ciudad de América,

y es por consecuencia, la mayor ciudad americana. Inmediatamente después de New-York viene en número y dimensiones de sus teatros Filadelfia, y, por consiguiente, viene detrás de New-York en población y riqueza. Asimismo, en todo el país, donde quiera que encontréis grandes teatros, soberbiamente dispuestos, estad seguros de encontrar ciudades grandes y prósperas, y allí donde no hay teatros las ciudades son pequeñas. Nada tiene de sorprendente que Jamaica sea tan pequeña y crezca tan despacio, puesto que Jamaica no tiene teatro alguno. La gente no gusta habitar un paraje donde no tiene ocasión de asistir de vez en cuando al teatro. Si queréis que prospere Jamaica es preciso que os dispongáis á edificar un magnífico teatro que atraiga una gran población. Ved á Brooklyn. Brooklyn era sólo una pequeña aldea á orillas del río antes de que su pueblo emprendiese la construcción de un teatro, y ved ahora desde que comenzó á construir teatros en cuán grande ciudad se ha convertido Brooklyn».

Si yo quisiera modelar mi razonamiento sobre el que presentaba á los electores americanos el candidato del partido republicano á la presidencia, en 1884, podría haber recurrido á la estadística y señalar el hecho de que cuando en este país comenzaron las primeras representaciones teatrales, apenas si llegaba la población á un millón de habitantes, sin que entonces existiese un ferrocarril ni un kilómetro de línea telegráfica. Yo podría decir que, desde que se han construido nuestros teatros, nuestro progreso ha sido tan considerable que, según el censo de 1860, teníamos 50.155.783 habitantes, 97.907 millas de ferrocarril y 291.212,9 de millas de líneas telegráficas. O podía tomar la fecha en que se construyó cada uno de los teatros de New-York, apelando al pormenor como los estadísticos proteccionistas acostumbran á hacer, dar la cifra de la población y de la riqueza de la ciudad en ese tiempo, y así, presentando la estadística de la población y de la riqueza pocos años después, demostraría que la construcción de cada teatro ha sido seguida por un ostensible au-

mento de la población y de la riqueza. Podría puntualizar que San Francisco no tenía teatro hasta que los americanos llegaron, y era, por consiguiente, una aldea perdida en la costa; que los recién llegados inmediatamente levantaron teatros y los sostenían más generosamente que en cualquiera otra población semejante del mundo, y que la consecuencia ha sido el maravilloso desarrollo de San Francisco. Podría demostrar que Chicago y Denver y Kansas City, todas ciudades de teatros notablemente buenos, son también notables por su rápido crecimiento, y, como en el caso de New-York, probar estadísticamente que la construcción de cada teatro de los que esas ciudades contienen ha sido seguida por un aumento de población y de riqueza.

Además, imitando la predilección de los proteccionistas por los argumentos históricos, podría referir el hecho de que Nínive y Babilonia no tenían teatros que sepamos y así sobrevino su total ruina. Dilatarme acerca del amor de los antiguos griegos por los espectáculos teatrales sostenidos á expensas públicas, y su consiguiente grandeza en las artes y en las armas; puntualizar cómo los romanos fueron aún más lejos que los griegos en su fomento del teatro y construyeron por cuenta del Tesoro los más grandes teatros del mundo, y cómo Roma vino á ser la dueña de las naciones. Y para embellecer y dar relieve al argumento, podría, quizá, acudir á la poesía, citando estas líneas de Byron.

«Cuando se derrumbe el Coliseo, Roma caerá;
y cuando Roma caiga, el mundo».

Volviendo de esta excursión, podría citar el hecho de que, en todas las provincias conquistadas, los romanos construían teatros, explicando de este modo la notable facilidad con que extendieron su civilización é hicieron de las provincias conquistadas partes integrantes de su gran imperio; precisar que la decadencia de estos teatros y la decadencia del poder y de la civilización romanos caminaron juntos y que la extinción

del teatro comienza con la noche de la Edad Media. Después de insistir un momento sobre la rudeza é ignorancia de este tiempo en el que no había teatros, podría señalar triunfalmente el principio de la civilización moderna como contemporánea de la resurrección de los espectáculos teatrales, en los autos religiosos y en las farsas de la Corte. Y demostrando cómo estos autos y farsas fueron siempre sostenidos por los monasterios, los municipios ó los príncipes, y los lugares donde ellos comenzaron se convirtieron en grandes ciudades, yo podría loar la sabiduría de «fomentar el teatro naciente», y luego, considerando que los actores ingleses, hasta hace muy poco, se adornaban á sí propios con el título de servidores de S. M. y que el lord chambelan tiene todavía autoridad sobre los teatros ingleses y ha de dar su licencia antes de la representación, podría atribuir al régimen nacional de subvención al teatro naciente, el comienzo de la grandeza británica. Viniendo á nuestros tiempos, podía llamar la atención sobre el hecho de que París, donde hay todavía teatros subvencionados y autores que reciben aún sus salarios del Tesoro público, es la metrópoli mundial del lujo y del arte, creciendo rápidamente en población y riqueza, aunque otras partes de la misma nación que no disfrutaban de teatros subvencionados están en un período de estancamiento ó decadencia. Y, finalmente, podría indicar que la astucia de los jefes mormones que primeramente se establecieron en el Lago Salado, les llevó á construir espaciosos teatros subvencionados y que la pequeña ciudad suya, perdida en las malezas, no mayor que Jamaica, desde la construcción de su teatro ha crecido hasta ser una populosa y hermosa ciudad, y preguntar, airadamente, si el virtuoso pueblo de Jamaica no conseguiría para sí lo que habían logrado indignos polígamos.

Si un raciocinio como éste no inducía á los habitantes de Jamaica á imponerse un tributo para «fomentar el teatro», por lo menos no sería porque no tuviese tanta lógica como los argumentos que han inducido al pueblo americano á gravarse á sí propio para fomentar las manufacturas.

La verdad es que las fábricas, como los teatros, son el resultado, no la causa, del crecimiento de población y riqueza.

Tomemos un reloj, un libro, una máquina de vapor, una pieza de tela ó el producto de cualquier industria, clasificado como manufactura, y sigamos los pasos por los cuales el material de que está compuesto ha pasado, desde la condición en que los produjo la Naturaleza hasta su forma definitiva; y veremos que al proceso de esta industria manufacturera, muchas otras industrias son necesarias. Que una industria de esta clase pueda aprovechar libremente el producto de otras industrias es la primera condición para que prospere. No menos importante es la existencia de industrias correlativas que ayuden á economizar material y utilicen sus desperdicios ó hagan más fácil el proporcionarse ciertas ayudas ó servicios ó la venta y distribución de los productos. Tal es la razón de que las industrias más complicadas tiendan á localizarse en cierto radio, de tal suerte que vemos un distrito especial adquirir renombre por una industria particular y establecerse en este mismo distrito diferentes ramas de esa industria, sin que nada en el suelo, clima, producción de primeras materias ó carácter de los habitantes le haya designado especialmente para ello, mientras diferentes lugares de aquel distrito son también conocidos por otras clases de industria. Así, en aquella parte de Massachusetts donde la manufactura de calzado está ampliamente desarrollada, se han establecido distinciones como éstas en diferentes ciudades: aquí se fabrica calzado claveteado para hombres y mujeres; allá calzado cosido; en un paraje se fabrica el género ordinario, en otro el de lujo. Y en toda ciudad importante se nota una tendencia marcada hacia varias industrias que se agrupan entre sí y con las industrias derivadas.

Pero con esta tendencia á la localización coexiste también una tendencia que impulsa á las industrias á nacer correlativamente á medida que la población aumenta. Esto se debe no sólo á la dificultad y coste de los transportes, sino á las

diferencias de carácter y de las demandas individuales. Por ejemplo: si yo quiero construir un bote, será mucho más cómodo y satisfactorio para mí hacerlo construir allí donde pueda hablar con el constructor y vigilar la construcción; si quiero un traje, será más cómodo el hacerlo donde pueda probármelo, ó si imprimir un libro donde pueda fácilmente corregir las pruebas y consultar con el impresor. Además, esta coordinación de las industrias, por la cual la existencia de ciertas industrias conduce á la economía con que otras pueden ser ejercitadas, no solamente causa el desarrollo de una industria para preparar el camino de otras, sino que promueve el establecimiento de éstas.

Así el desenvolvimiento de la industria es de la naturaleza de una evolución, que avanza con el incremento de la población y el progreso de la sociedad, viniendo primero las más sencillas industrias y constituyendo la base para las otras más complicadas.

La razón por la que los países recién colonizados no fabrican es que pueden obtener los artículos manufacturados más baratos; es decir, con menos empleo de trabajo, que fabricándolos ellos. Del mismo modo que un labrador, aunque tenga fresnos y hayas en su campo, encuentra más barato comprar un carruaje que hacer uno, ó llevar su carro al carretero cuando necesita repararlo, mejor que intentarlo por sí propio; así en un país nuevo y de población diseminada puede costar menos trabajo obtener mercancías muy lejanas que fabricarlas allí, aun cuando todas las naturales condiciones para fabricarlas existan. Aun más importante que el clima, el suelo y los depósitos minerales, es la existencia de las industrias auxiliares y una gran demanda. La fabricación implica la producción de grandes cantidades de las mismas cosas. El desarrollo de la aptitud, el uso de la maquinaria y de los procedimientos perfeccionados sólo es posible cuando se piden grandes cantidades del mismo artículo. Si cada pequeño núcleo de población hubiera de fabricar por sí solo las cortas cantidades de las varias cosas que necesita, sólo podría pro-

ducirlas por rudimentarios y dispendiosos procedimientos. Pero si el comercio permite la producción de estas cosas en gran cantidad, la misma suma de trabajo resulta más eficaz, y todas las diversas necesidades pueden ser mucho mejor satisfechas.

La tosquedad de los procedimientos de los salvajes se debe menos á su ignorancia que á su aislamiento. Un fusil con sus municiones puede permitir á un hombre matar más caza que un arco y flechas; pero un hombre que tuviera que construirse sus armas con el material proporcionado por la Naturaleza, podría hacerse penosamente un fusil en toda su vida, aun cuando supiera hacerlo. A menos de que haya gran número de hombres á quienes suministrar fusiles y municiones, y que los materiales de que estas cosas han de hacerse puedan producirse con la economía que proviene de la producción en vasta escala, las armas más eficaces, tomando en cuenta el trabajo necesario para producirlas, serían los arcos y las flechas y no las de fuego. Un árbol puede ser derribado con un hacha de acero en mucho menos tiempo que con un hacha de piedra. Pero un hombre que hubiera de construirse su propia hacha, podría derribar muchos árboles con una de piedra en el mismo tiempo que invertiría en fabricarse una de acero comenzando por extraer el mineral. Nos reímos de los salvajes que dan por un cuchillo con su vaina ó por un caldero de cobre, muchas ricas piedras. Aquéllos artículos son para nosotros de corto valor, porque, haciéndolos en grandes cantidades, el gasto de trabajo exigido por cada uno es realmente pequeño; pero si los hiciéramos en pequeñas cantidades, como tendrían que hacerlos los salvajes, el gasto de trabajo excedería al necesario para obtener las piedras. Aun cuando aquéllos conociesen perfectamente los instrumentos y los procedimientos de la industria civilizada, los hombres aislados, como los salvajes lo están, se verían forzados á servirse de los instrumentos y procedimientos de éstos. La gran superioridad que los hombres civilizados tienen sobre los salvajes cuando se establecen entre ellos, es la posesión de los

instrumentos y armas fabricados en un estado social que es el único en que pueden fabricarse, y que, manteniendo comunicaciones con las poblaciones más densas que han dejado tras sí, los colonos están en condiciones, mediante el comercio, de aprovecharse de las ventajas fabriles de una sociedad más completamente desarrollada. Si los primeros colonos americanos no hubieran podido importar de Europa las mercancías que necesitaban y aprovechar así el más completo desenvolvimiento de la industria europea, pronto se hubieran visto reducidos á los instrumentos y armas de los salvajes. Y lo mismo hubiera acontecido á todas las nuevas colonias de nuestro pueblo en su marcha hacia el Oeste, si no hubieran podido traficar con poblaciones más amplias.

En los países nuevos, las industrias que rinden comparativamente más grandes provechos son las primarias ó industrias extractivas que obtienen de la Naturaleza alimentos y materias primas para la industria. La razón es que en esas industrias primarias no se requieren tan costosos instrumentos y mecanismos, ni la cooperación de tantas otras industrias, ni es cosa tan importante la producción en grande escala. El pueblo de los países nuevos, puede, por consiguiente, sacar el mayor provecho de su trabajo aplicándolo á las industrias primarias y extractivas y cambiando sus productos por los de las industrias más complicadas que pueden desarrollarse mejor donde la población es más densa.

A medida que la población crece, las condiciones en las cuales pueden desarrollarse las industrias secundarias ó algo más complicadas nacen gradualmente y se establecen dichas industrias, aquéllas para las cuales son especialmente favorables las condiciones naturales, y aquéllas cuyos productos experimentan una más general demanda y pueden soportar un más largo transporte, vienen primero. Así en un país que tenga hermosos bosques, las manufacturas de madera nacerán antes que las manufacturas para las cuales no hay esas especiales ventajas. La fabricación de ladrillos precederá á la de china, la de arados á la de cuchillería, la de cristales para

ventanas á la de lentes para telescopios, y las clases toscas de paño á las más hermosas.

Pero, por más que podamos indicar de una manera general las condiciones que determina el orden del desarrollo de las diversas industrias, estas condiciones son tan múltiples, la acción y la reacción de unas sobre otras son algo tan complejo, que nadie puede predecir con alguna exactitud cuál será en una sociedad dada el natural orden de este desenvolvimiento, ó afirmar cuándo será más provechoso fabricar una cosa que importarla. Por consiguiente, supuesta esta incertidumbre, siempre que la ley interviene, su intervención tiene que ser perniciosa, y tales cuestiones deben dejarse á la acción libre de los individuos, que es á la comunidad lo que las actividades vitales inconscientes son á los hombres. Si llegó el momento de establecer una industria para la cual existen condiciones naturales adecuadas, la restricción de las importaciones con el fin de promover su establecimiento es innecesaria. Si no ha llegado esa hora, tales restricciones sólo pueden distraer el trabajo y el capital de las industrias en que el provecho es mayor hacia otras en las cuales es menor y reducir de este modo la suma de riqueza producida. Del mismo modo que es evidente que impedir á la población de una nueva colonia el importar de otros países de mayor desenvolvimiento industrial, sería privarla de muchas cosas que no puede fabricar por sí propia, lo es también que la restricción de las importaciones embaraza el simétrico desenvolvimiento de las industrias domésticas. Puede suceder que la protección aplicada á una ó varias industrias apresure algunas veces su desarrollo á expensas del crecimiento general de la industria; pero cuando la protección es dada indistintamente á todas las industrias capaces de ser protegidas, como ocurre en los Estados Unidos y como es inevitable tendencia de la protección donde quiera que principia, el resultado será retardar no sólo el general desenvolvimiento de la industria, sino el de aquellas mismas industrias en cuyo beneficio se invoca el sistema protector, haciendo más costo-

sos los productos que ellas utilizan y refrenando las industrias correlativas que con aquéllas se enlazan.

Suponer, como hacen los proteccionistas, que necesariamente debe resultar alguna economía de situar juntos al productor y al consumidor con respecto al espacio (1), es suponer que las cosas pueden ser producidas lo mismo en un lugar que en otro y que las dificultades del cambio se miden únicamente por la distancia. Lo exacto es que las mercancías frecuentemente pueden ser producidas en un lugar con mucha más facilidad que en otro y que implica menos gasto de trabajo traerlas desde larga distancia que producirlas en un sitio dado, y que dos puntos separados por cien millas pueden estar mercantilmente más próximos entre sí que otros dos puntos separados sólo por diez millas. Acercar el consumidor al productor en punto á la distancia, no es, cuando esto aumenta el coste de producción, economía, sino despilfarro.

Pero esto no es negar que el comercio, tal como hoy se realiza, implica muchos transportes inútiles, y que el productor y el consumidor están en muchos casos separados innecesariamente. Los proteccionistas tienen razón cuando califican de insensata prodigalidad la exportación en masa de los elementos de fertilidad de nuestro suelo en esa cantidad enorme de harinas y de carnes que cruzan el Atlántico, y los «fair trades» tienen razón cuando deploran el despilfarro representado por las importaciones inglesas de alimentos mientras los campos ingleses están sin cultivo. Ambos tienen razón cuando dicen que un país no debe ser la «tierra nutriz» del otro, y que una verdadera economía de los poderes naturales desarrollaría las fábricas y los cultivos juntamente. Pero no tienen razón cuando atribuyen estos daños á la li-

(1) Los argumentos proteccionistas implican frecuentemente la afirmación adicional de que el «productor nacional» y el «consumidor nacional» están necesariamente encerrados en un punto del espacio cuando, como ocurre en los Estados Unidos, pueden estar separados por miles de millas.

bertad de comercio ó cuando suponen que el remedio está en el proteccionismo. Que los aranceles son impotentes para remediar estos daños puede verse en el hecho de que esta exportación agotadora sigue á pesar de nuestro alto Arancel proteccionista, y el comercio interior ofrece los mismos caracteres. Donde quiera que la moderna civilización se extiende, y con mayor rapidez donde su influencia se siente con más fuerza, la población y la riqueza se concentran en las grandes ciudades y desde el campo á la ciudad fluye un comercio aniquilador. Pero esta nociva tendencia no es natural y no nace de la demasiada libertad; es antinatural y nace de las restricciones. Puede ser claramente atribuída á los monopolios, de los cuales el monopolio de los elementos naturales es el primero y más importante. En una palabra, el régimen romano de la propiedad territorial, que en nuestra moderna civilización ha reemplazado al de nuestros antecesores celtas y teutones, está produciendo el mismo efecto que dió en el mundo romano: la congestión de los centros y el empobrecimiento de las extremidades. Mientras Londres y New York crecen más deprisa que creció Roma, los campos ingleses se quedan sin cultivo como se quedaron los campos del Lacio, y en Iowa y Dakota se aplica el mismo cultivo agotador que empobreció las provincias de África. La misma enfermedad que corroyó la vieja civilización está ofreciendo sus síntomas en la nueva. Esta enfermedad no puede ser curada por los Aranceles proteccionistas.